

la revolución, le elevaron á la vicepresidencia de la República. Reducido casi de continuo al ejercicio de su profesión, no se halló en el caso de mostrar sus aptitudes en el arte de gobernar, ni queda de él documento por donde pueda formarse concepto de la extensión y profundidad de su saber. Don Florentino González, que le trató en el Consejo de Estado, le consideraba miope en política, ciego en el conocimiento del mundo y en la marcha progresiva de la civilización, y no veía en su decantada firmeza sino irascibilidad y mal genio*.

Este núcleo fue creciendo con algunos artesanos á quienes se acaloró exagerando los daños que les causaban las tarifas de importación de artículos extranjeros, y con parte del clero, unos asustados con los proyectos concernientes á diezmos y manos muertas, y otros de menor nota, por cierto espíritu de contradicción al Arzobispo, á quien desde un principio la oposición había tratado de envolver en su odio á Mosquera. Estos voceaban que la ruina de la Iglesia era inminente, y que Gori iba á ser el nuevo Ciro que devolvería los vasos al Templo.

El partido vencido en 1841 había ido levantando cabeza poco á poco, y teniendo representación en el Congreso y uno que otro periódico, hasta el punto de poder decirse que por este tiempo estaba ya completamente organizado y dispuesto á contender con brío en la próxima lid. Su natural caudillo, Obando,

* Véase el *Día* de 6 de Marzo de 1850.

había procurado fomentar siempre en los suyos el espíritu revolucionario, no cesando de amagar con su venida; así desde 1846 al despedirse de Chile decía: « Nuevos sucesos favorables á la causa americana verificados aun en el Ecuador, donde parecía eterna la tiranía militar, me abren camino para regresar hasta los límites de la Nueva Granada, confiando en que esta patria del heroísmo y de sublimes virtudes ha de ser tan favorecida por el Dios de la libertad como recientemente lo han sido otras repúblicas que también gimieron bajo el despotismo doméstico. » Aunque le representaban como víctima de una injusticia, era visto que no podían valerse de su nombre para una lucha constitucional. En consecuencia resolvieron cubrir sus principios anárquicos y sus miras ulteriores con un nombre respetable, y echaron mano del general José Hilario López, buscando en él más bien « una bandera que un jefe. » Pensaban sin duda que sería parte á embotar el temor de ver en el mando á los revolucionarios de poco antes, el recuerdo de los importantes servicios que prestó después de la dictadura de Urdeneta, la franqueza con que abandonó á Santander, su adhesión constante á la causa de la legitimidad, guiado por la cual prestó apoyo á Márquez, ofreció sus servicios desde Roma, donde era Ministro, al tener noticia de la revolución*; fue Consejero de

* Acaso con razón fue tachada de ambigua su conducta en los días que siguieron á su vuelta, pareciendo que se estaba á la capa mientras se decidía la contienda.

Estado en tiempo de Herrán, en 1846 se brindó á ir á Pasto para transigir las diferencias con el Ecuador, y aceptó luego el nombramiento de comandante general y jefe de la cuarta división destinada á guarnecer el istmo de Panamá cuando la expedición de Flores. Desgraciadamente, con todo su amor patrio, era López hombre de pocos alcances, candoroso, y que perdía el seso en oyendo hablar de libertad y democracia. El defensor más ardiente de su candidatura fue el *Aviso*, periódico redactado por jóvenes inconsiderados y faltos de tino, que desde un principio amalgamaron al insulto las doctrinas sociales más disolventes. Y no fueron éstos, como pudiera creerse, extravíos individuales: la mayoría del partido, aplaudiéndolos, los hacía suyos; así fue que, contando por ese tiempo D. Florentino González con un número considerable de sostenedores entre sus antiguos amigos políticos, que hubieran querido verle presidente, le abandonaron no bien improbó, como era justo, el asesinato del Congreso de Caracas (24 de Enero), que el *Aviso* ensalzaba como una gran proeza en servicio de la libertad*.

Nada de esto sirvió para que los vencedores de 1841 sintiesen el peligro que los amenazaba. La fracción que proclamaba á Gori y se gloriaba de contar en sus filas hombres de todos los colores políticos, era un grupo de descontentos, como si dijéramos de protestantes, más bien que un partido

* Véase el *Nacional* de 28 de Mayo de 1848.

impulsado por el amor de una idea. Teniendo común con los revolucionarios, aunque por diversos motivos, la aversión á Mosquera, casi no reparaba en lo que era forzoso temer de ellos. La fracción que deseaba continuar, si bien corrigiendo desaciertos y exageraciones, el camino de reformas liberales por donde iba la nación, fue la menos activa en aprestarse para la lucha; lo que debía suceder, porque no pretendiendo sino la conservación de un bien conocido y experimentado, le faltaban estímulos tan apremiantes como los rencores personales, las ilusiones de los visionarios ó el interés de los revoltosos. Escogió por su candidato al Doctor Cuervo, que efectivamente representaba las antiguas tradiciones del buen gobierno con que la nación había prosperado desde su nacimiento, y á más de la iniciativa de todo progreso compatible con los recursos del país, las seguridades de aquella libertad y tolerancia que caben dentro de la civilización cristiana. El odio encarnizado que desde 1841 le declaró Obando y de que dejó bastantes pruebas en sus libelos, le hacía para los revolucionarios tan inaceptable como el mismo Mosquera. Ya se concibe que la lucha inconciliable iba á ser entre la candidatura de López y la del Doctor Cuervo, pues los sostenedores de Gori se decían dispuestos á amalgamarse con los de la primera, sin pararse en sutilezas*.

Desde un principio se empeñaron los contrarios

* Véase el *Día*, núms. de 5 de Julio y de 21 de Octubre de 1848.

del Doctor Cuervo en propalar que era candidato del Gobierno, y que se trataría de imponerlo con manejos indebidos, todo para hacerlo inaceptable á los descontentos; pero la verdad del caso es que nunca se apoyaron sino en hablillas y rumores, sin poder presentar prueba ninguna de la intervención que imaginaban; antes en ocasiones se mostraban vacilantes é inciertos de si las simpatías del Presidente se inclinaban á Cuervo ó á González. Dejando aparte el testimonio del resultado, es oportuno decir que Mosquera desde mucho antes miraba con buenos ojos la candidatura del primero, de modo que lo tardío de su presentación arguye que no se ingirió en ella. Además carecía de fundamento el suponer una absoluta conformidad de ideas y sentimientos, cual debiera existir entre el Presidente y el que decían su favorito. En los mismos días en que se empezaba á trabajar con calor por su candidatura no sólo tuvieron desagrados*, sino que en punto tan capital como la libertad del tabaco estuvieron en completo desacuerdo, negando el Doctor Cuervo su voto en el Consejo de Gobierno á esta medida, que reputaba inoportuna. Sobre la parte que él tuviera en las medidas del Gobierno nos da luz el siguiente suelto publicado en el *Día* (10 de Mayo) y dirigido á los editores del *Aviso*: « Es falso que el Vicepresidente haya

* Así aparece de una carta de Mosquera al Doctor Cuervo de 17 de Abril, aunque no se especifica el motivo. Sobre el punto del tabaco véase el curioso suelto del *Día*, núm. del 27 de Mayo de 1848, que parece escrito para que se supiera cuál fue la opinión del Vicepresidente.

tenido parte ni conocimiento alguno de la remoción del señor José Caicedo Rojas. El Vicepresidente *nunca* asiste al despacho del Poder Ejecutivo ni toma cartas en más negocios que en aquellos en que conforme á la Constitución se oye al Consejo de Gobierno, al cual concurre cuando el respectivo Secretario de Estado lo cita por escrito. »

Como si el tener dos candidatos no fuera ya prueba suficiente de la desorganización del partido que estaba en el poder, otros grupos menos numerosos propusieron á D. Mariano Ospina, que tuvo partidarios sobre todo en Antioquia, y al general Joaquín Barriga, el vencedor de Obando en la Chanca, que los tuvo dispersos en muchas partes. D. Florentino González contó también entre sus valedores miembros tan distinguidos del mismo partido como D. Lino de Pombo y D. Julio Arboleda*; y hasta López con las pomposas promesas de buen gobierno que acompañaron el anuncio de su candidatura, se atrajo el apoyo de bastantes personas juiciosas, ó por lo menos se captó tantas simpatías, que su elección no les inspiraba temor ni repugnancia. El lector verá con gusto el siguiente fragmento de una carta escrita en 26 de Septiembre de 1850 por D. Pedro Fernández Madrid á D. José Eusebio Caro, en que la genial sinceridad de su autor comprueba muchas de las apreciaciones que llevamos hechas:

* Véase el *Nacional* de 16 de Julio de 1848.

Buscando siempre el *juste milieu*, en 1844 fui Cuervista ; estuve opuesto á la elección del general Mosquera, y disgustado de su Administración, como que á ella, desde su alianza con Florentino González, es á la que principalmente pueden atribuirse y atribuyo los males que hoy sufrimos. Durante la última cuestión presidencial opiné por el doctor Gori, y ahogando mis simpatías particulares, estuve absolutamente en contra del Doctor Cuervo en su calidad de candidato del general Mosquera. No podía, pues, desagradarme mucho, ni me desagradó directamente, la elección del general López, aunque siempre temí que no gobernaría muy bien y que sucedería algo, aunque no tanto, de lo mucho que ha sucedido*.

Todas las candidaturas contaban con sus periódicos. Los más notables fueron : el *Aviso*, ya mencionado, que con sus doctrinas y con sus agresiones á los hombres que habían tenido parte en el gobierno desde 1837, hizo brotar el *Progreso*, defensor de la candidatura del Doctor Cuervo ; éste tuvo entre sus redactores á varios jóvenes que hicieron ahí sus primeras armas, como D. José María Torres Caicedo y D. Escipión García Herreros. El *Día*, donde se propuso á Gori, le sostuvo, ladeándose con evoluciones ambiguas y tortuosas á López hasta el día de saludar con júbilo su elección. El *Antioqueño constitu-*

* *Repertorio colombiano* de Julio de 1878. Véase además la *Civilización* de 8 de Agosto de 1850, donde se alude á los que se desengañaron con el gobierno de López.

cional estaba por Ospina, y *Nuestra opinión* de Tunja, por Barriga. En favor de González abogaba el *Siglo*, asentando que entre los partidos extremos estaban los moderados, justo término medio, representado por su candidato y de que la patria debía esperar todo. Fuera de éstos había algunos auxiliares, como la *América del Aviso*, el *Semanario de Santa Marta del Progreso*, el *Tío Santiago* y el *Independiente* de Cartagena del *Día*. El *Nacional*, escrito por valientes plumas, cuales la de D. Mariano Ospina y D. José Eusebio Caro, propuso en sus primeras páginas que en obsequio de la unión y para asegurar el triunfo, se abandonasen todos los candidatos presentados por sus copartidarios y se eligiese otro que llenase los deseos de todos. El pensamiento fue sin duda desinteresado y patriótico ; pero cualquiera lo calificará de quimérico, en vista de la incompatibilidad de pretensiones y tendencias de los diversos grupos y de la falta de un interés político común que les hiciera necesaria la unión para conservar el poder.

Parecerá singular que entre estos periódicos y los de los revolucionarios ya organizados, rara vez se discutieran programas políticos ó administrativos ; pero es lo cierto que los últimos casi no tenían otra preocupación que la de hacerse al mando, y por eso las cuestiones más debatidas pertenecían á un orden muy diverso y que entraban más bien en los confines de la moral. El *Aviso* daba por justo y honesto cualquier acto que en su concepto contribuyese al triunfo de la libertad ó al bien del Estado, y califi-

caba de heroica la conspiración del 25 de Septiembre, el asesinato de Sucre y el acometimiento del congreso de Caracas; se dilataba en probar que es lícito asaltar el poder público á punta de lanza como se pretendió en 1840; y practicaba la más descarada difamación contra todos los hombres públicos del partido contrario. El *Progreso* rebatió con la mayor energía tales doctrinas, condenándolas como contrarias á la moral y á la causa de la civilización; y todos los periódicos de los varios grupos en que estaba dividido el partido dominante, estuvieron conformes en igual reprobación y en declarar que, adictos á la legitimidad, obedecerían á cualquiera de los candidatos que fuese constitucionalmente electo.

El punto más importante, por el lado histórico, que se decidió en los debates de la prensa, fue la apropiación de nombres para cada partido. El calificativo de *liberal* había corrido con varia fortuna desde los primeros tiempos de Colombia: entonces se llamaron así los que defendían la constitución contra la dictadura, y se conservó en este sentido en los primeros días de la Nueva Granada; la oposición de 1839 se apellidó *progresista*, imitando á uno de los partidos de España, sin duda por no atreverse á tomar para sí un nombre que con más razón correspondía á la parte civil de quien se habían apartado; al volver á la escena en la época de que vamos tratando, conservó la misma denominación como en memoria de sus antiguas tradiciones, pero lo alargó diciéndose *progresista liberal*, para acabar suprimiendo

el *progresista* y dejando sólo el *liberal*, á semejanza de lo que entonces se hacía en Venezuela. Hecho curioso para los que estudian la historia de las palabras, pues vemos aquí una que de haber significado defensor de la constitución y del orden legal, pasó en pocos años á denotar al revolucionario en principios y por desgracia también trastornador del orden establecido. La naturaleza de las tendencias con que apareció este partido sugirió al *Siglo* el nombre de *niveladores*, en cuanto pretendían reducirlo todo á una igualdad arrasadora. Por los mismos días apareció la denominación de *conservador*, tomada en su sentido lato de sostenedor de los principios fundamentales de la sociedad, contra las doctrinas inmorales y anárquicas que se estaban predicando. El primer número del *Nacional* (21 de Mayo de 1848) decía ya que su objeto era defender los intereses, los derechos, los principios y las doctrinas del partido conservador de la Nueva Granada. Este nombre fue generalmente aceptado, salvo que el órgano de la candidatura de Gori lo rechazaba á ratos, prefiriendo para los suyos el título de *liberal moderado*, como para quedar lo menos lejos posible de los liberales no moderados y poder confundirse con ellos cuando el caso lo requiriera*. Primero está ser que ser libre; y los que, sin haber tenido hasta entonces

* Véase el *Día* de 5 y de 8 de Julio de 1848. Desde que apareció el nombre de *conservador* los contrarios quisieron ridiculizarlo convirtiéndolo en *conservero*, y llamando al partido entero la *conserva*.

nombre que los calificase, habían adquirido tan grande suma de libertad para su patria, bien podían, por atender á la conservación de la sociedad civil, dejar el de liberal á quien quisiera recogerlo.

El tercer domingo de Junio debían empezarse las elecciones, y cuando todos se aparejaban con más ó menos ardor para la contienda, sobrevino un acontecimiento á que en general no se atribuyó grande importancia, pero que la tuvo muy funesta, pues allí se ensayaron por primera vez los que habían de librar todas sus esperanzas en su propia violencia y en la meticulosidad de quíenes debían contenerlos. Es el caso que en el número 19 del *Aviso* y en el 11 de la *América* se reprodujo un artículo del *Ecuatoriano* de Quito, producción, según se decía, del señor Espinel, que recuerdos tan poco gratos dejó en Bogotá, en el cual se daba por cierto que el presidente Mosquera estaba confederado con Flores y Páez para cambiar los gobiernos de las tres repúblicas. El Presidente acusó por medio del Ministerio público el escrito calumnioso, y declarado con lugar el juicio, se reunió el jurado el 13 de Junio. Desde el principio del acto comenzaron algunos de los concurrentes, parciales de los acusados, á interrumpir al Fiscal con voces descompasadas, y cuando llegó su turno á los defensores, que fueron algunos de los jóvenes redactores de los periódicos inculpados, creció el alboroto, provocado por aquella oratoria insultante ó gerundiana que dentro de poco había de enloquecer á las sociedades democráticas. Un testigo

nada sospechoso* refiere que llegó al local á tiempo que D. José María Vergara Tenorio, redactor del *Aviso*, hacía al Presidente cargos temerarios; que en seguida habló uno de los redactores de la *América*, explayándose sobre los temas de libertad é independencia con toda la énfasis teatral con que en otro tiempo se recitaban en el coliseo los monólogos de *Catón* y de *Ricourte*. Aquí fue perder el seso el auditorio, aquí hundirse el edificio con los vivas y palmoteos. Quiso el juez sosegarlos con buenas palabras, y siendo éstas ineficaces, amenazó con hacer dispersar la reunión; lo que dio margen á que se burlaran de él y creciera el desorden. Terminada con esto la parte pública de la sesión, el jurado sin entrar á decidir el punto que según la ley estaba sometido á su examen, es decir, si se había cometido el delito de calumnia ó no, se puso á deliberar sobre la personalidad del Fiscal, y pensando que no la tenía, dedujo descaminadamente que la ley no le dejaba otro arbitrio que absolver, con lo cual salieron libres y triunfantes los acusados. Así leyes inconscultas dejaban á la merced del atolondramiento de unos mozos y al arbitrio de un jurado imprudente la honra del primer magistrado de la República, que en cierto modo es la honra de la nación misma, y ponían á peligro la tranquilidad exterior.

Exaltados con su victoria, los alborotadores salie-

* D. Ulpiano González, sincerándose del cargo de haber sido uno de los alborotadores. Véase el *Día* de 17 de Junio.

ron á la plaza con gran tumulto y vocería, gritando unos : ¡ Muera el traidor ! otros : ¡ Muera el tirano ! En estos momentos llega Mosquera á palacio de vuelta de un paseo, encuentra que la guardia ha cargado sus fusiles, temiendo ser atacada, sabe cómo en vez de alcanzar justicia, le han cubierto de oprobios, y al subir á su habitación siente que llegan grupos y repiten sus gritos en frente de las ventanas. Pensando que había estallado una revolución, se ciñe su espada, vuela, conlaguardia al cuartel de San Agustín, y lleno de enojo manda poner la tropa sobre las armas, resuelto á ir á la plaza en busca de los amotinados. Mientras los militares, que no creían en tal revolución, opusieron la inercia, llegaron el Arzobispo, D. Florentino González y otras personas respetables que le aplacaron é hicieron volver á palacio. La noticia de estos sucesos cundió rápidamente por toda la ciudad, y como se hubiese tocado generala, algunos malintencionados esparcieron la voz de que se tocaba á degüello y que iba á haber una gran matanza. La consternación y el espanto llegaron á su colmo : los comerciantes cerraban sus almacenes ; las placentas y campesinos que vendían víveres los alzaban en el mayor desconcierto ó los abandonaban huyendo despavoridos ; las mujeres corrían por las calles llorando en busca de sus hijos y maridos ; y al fin, la exaltación de unos, la confusión de otros y la curiosidad del mayor número congregaron en la plaza y calles circunvecinas un inmenso gentío. Entonces el gobernador D. José

María Rubio y el jefe político D. Fernando Caicedo Santamaría echaron un bando para tranquilizar la población y ordenando que cada cual se retirase á su casa ; para mejor lograr la dispersión, el último se dirigió para el lado de las Nieves llevando en pos de sí un gran número, que poco á poco se fue disipando ; el primero anduvo menos feliz, porque encaminándose á San Victorino, se le apegaron los más acalorados, repitiendo sus mueras é intimándole que volviese con ellos á palacio á notificar al Presidente que dejase el mando ; y como él les dijese que aquello era un disparate y que no debían pensar sino en irse á sus casas, pretendieron llevarlo por fuerza ; por dicha en esta brega logró escabullirse y acogerse en una casa particular ; los otros, viéndose solos, desistieron de su intento. A las seis de la tarde todo estaba apaciguado.

Las autoridades de la ciudad enviaron esa tarde un propio al Doctor Cuervo, que á la sazón se hallaba en Boyero, su casa de campo, á dos horas largas de Bogotá, comunicándole que había habido « una especie de asonada contra el Presidente de la República, en la cual se habían reunido más de cinco mil personas », y que aunque á fuerza de prudencia se había logrado en parte disiparla, se temían nuevos alborotos para esa noche, por lo cual le pedían que se pusiese inmediatamente en camino para lo que pudiera suceder. Otras personas de consideración dieron el mismo paso, comisionando al efecto á un miembro de nuestra familia, con quien llegó el